



A vintage movie poster for the film 'Marinos a la fuerza'. The image shows two men, Stan Laurel and Oliver Hardy, dressed as sailors in red and white striped jackets and white hats. They are standing on the deck of a ship, looking out at the sea. Stan Laurel is on the left, and Oliver Hardy is on the right. The title 'Marinos a la fuerza' is written in large, stylized red letters across the center. The names 'Stan Laurel' and 'Oliver Hardy' are written in white cursive script on the left and right sides, respectively. In the bottom right corner, there is a small circular logo for 'Ediciones 1914 Bisataghe'.

# Marinos a la fuerza

Stan  
Laurel

Oliver Hardy

Ediciones  
1914  
Bisataghe



# Marinos a la fuerza

Divertidísima comedia, interpretada por los «ases»

STAN LAUREL y OLIVER HARDY

Dirección

GORDON DOUGLAS

Producción

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Distribución



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

# MARINOS A LA FUERZA

## SINTESIS DEL ARGUMENTO

La sirena de la ambulancia, que se detuvo ante una casa especializada en la fabricación de bocinas, atrajo a una multitud de curiosos, que se apelotonaron alrededor de ella, mientras dos enfermeros sacaban de su interior una camilla y corrían hacia la entrada de la tienda. El policía de servicio logró despejar un tanto a los curiosos, sin conseguir, no obstante, que siguieran su camino.

Momentos después regresaron los camilleros transportando a un hombre, de ojos desorbitados y expresión de loco, y a duras penas pudieron meterlo en el interior de la ambulancia. Pero antes de hacerlo, el enfermo les alarmó, gritando con toda la fuerza de sus pulmones y lanzando espantosas carcajadas:

—¡Bocinas, bocinas! ¡Bocinas grandes, bocinas grandes! ¡Bocinas pequeñas! ¡Vaya!

El policía sacudió la cabeza, pues aquél era el cuarto empleado que en una semana sufría un ataque de locura. Y dispuesto a desentrañar el misterio, preguntó al director, que era sordo como una tapia, el motivo de aquellos accidentes.

—Tiene razón. De la bocina en sol menor no se salva ni uno.

Era indudable que a él no le importaba un comino ni el ruido del taller ni la expresión de locura de sus empleados. Atravesó tranquilamente la tienda, se encará con Ollie y Stan y entregó el primero una bocina para que la pusiera en sol menor, asegurándole que tenía que esmerarse en su tarea, tras de lo cual se fue a hablar con otros, mientras el empleado procuraba afinar todo lo posible dicha bocina, pues Ollie y Stan eran músicos de pies a cabeza y lo mismo arreglaban instrumentos que tocaban el clarinete, el violín, el trombón, un piano de manubrio o las castañuelas, ¡ohé!

Al poco rato Ollie, a pesar de su enorme gordura, estaba a punto de ser víctima de un ataque de nervios, pues se encará con Stan, el cual, sin hacer caso del ruido del taller, escuchaba la radio, y le ordenó a gritos que cerrase el apa-

rato. ¡Stan se negó, porque el ruido le entraba por una oreja y le salía por la otra! Y siguieron trabajando hasta que de nuevo el director regañó a Ollie por no darse prisa, pero el gordo tiró la bocina que tenía en las manos contra el suelo y aulló:

—Bocinas a mi derecha, bocinas a mi izquierda, bocinas por todas partes.

Y en medio de la expectación general, se golpeó el pecho con los puños, haciéndole resonar como un tambor. El director, viendo que otro de sus subalternos estaba desequilibrado, hizo lo posible para calmarle, mas Stan apretó la para de una bocina y su amigo se precipitó contra él, se la arrebató y, luego, levantó la mesa de trabajo y la derribó.

El director, temiendo una catástrofe, le aconsejó que se fuera a su casa y llamase al médico. Los dos amigos aceptaron la sugerencia y recogieron sus cosas. Stan casi lo echó a perder todo. Muy amablemente ofreció su americana a Ollie y él se puso la de su amigo, el cual, al pasarse la de Stan por los brazos, notó que algo se rompía. Lanzó un gruñido de desesperación y se la quitó con rabia, para dársela a Stan y que éste le diera la suya, pero se hicieron un lío y volvió a ponerse la de Stan... En resumidas cuentas que salieron a la calle en mangas de camisa.

El automóvil de Stan y de Ollie parecía un sapato, negro y roto, con ruedas. Sin embargo, estaban muy orgullosos de él y no se preocuparon de la curiosidad de los viandantes, en cuanto subieron, aunque la culpa la tuvo Stan, el cual, para conducir, como le había rogado el gordo, se dirigió a la parte trasera y de allí ocupó al fin el puesto del conductor.

Mientras tanto, Ollie se había apaciguado y esperó con cara de mártir a que el coche arrancase. Stan tocó aturdido todas las llaves y rugió una sirena, en medio de la risa de todos. El gordo dio un respingo al escuchar el peligroso sonido y Stan, con mucha calma, saltó a la parte posterior del coche, bajó a la calzada y removió todas las piezas del



motor. Verdad es que la sirena dejó de tocar, pero también lo es que el motor se cayó al suelo.

—Será mejor que suhas la zapota—dijo el flaco.

Ollie abrió un paraguas y aguardó a que Stan hubiera colocado el motor en la parte trasera. Y entonces ocurrió lo más raro. En cuanto se hubo colocado el flaco en su sitio y tocó el volante, el motor se puso en marcha y llevó, naturalmente, el coche hacia atrás, hasta que se estrellaron contra una tienda.

Una vez estuvieron en su casa, pudo creerse que Ollie había entrado en un período feliz de su vida. Se acostó en la cama y su amigo fué cambiando las bolsas de agua, que acababa de la nevera y que ponía sobre su cabeza, andando de una manera extraña. El gordo, sorprendido por aquel accese de des acostumbrada delicadeza, le mandó que pisara como una persona normal, puesto que no era necesario tanto silencio.

Stan protestó que el silencio no le preocupaba y, sentándose en una mecedora cercana a la cama, le mostró un enorme clavo hincado en el espaldar. Se lo arrancó como mejor pudo, pero del boquete abierto salió una hebra de lana y, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, estiró de ella hasta que la tuvo en su poder en toda su longitud. Y con gran rabia de Ollie, advirtieron que había deshecho el pie de su calcetín.

Los reproches del gordo, que botaba de impaciencia ante la torpeza de su amigo, fueron cortados por el timbre del teléfono, situado sobre la mesita de noche. Alargó el aparato a Stan, que en aquel momento comía un plátano, y le encargó que contestase; Stan no supo qué hacer, queriendo comer el plátano y obedecer, y colgó el teléfono para dejar el plátano sobre la mesita. Naturalmente, la comunicación quedó cortada. Sonó otra vez el teléfono, respondió Stan, preguntando quién hablaba y, viendo que nadie decía nada, dejó el aparato en su sitio. Lógicamente, no podía oír nada, ya que un plátano aplicado a una oreja aun no ha sido aprobado por Telefonos como instrumento receptor del sonido.

Cuando, finalmente, se remediaron las tonterías de Stan, el doctor Finlayson le anunció su visita para un cuarto de hora más tarde y el gordo suspiró satisfecho, llevándose la mano a la bolsa de agua. Y preguntó:

—¿Pero qué has puesto aquí dentro?

—Nada.

—¿Y de qué sirve una bolsa de hielo, sin hielo dentro?

Stan se espantó y gimoteó que no tenían hielo en la casa. El práctico Ollie envió al floroso Stan a llenarla de agua fría. Así lo hizo el flaco con mucho miedo, ya que en la instalación de las tuberías ocurrían cosas de brujas. Abrió el grifo del agua fría y acercó la bolsa (y el agua brotó por el caño de la caliente! Aproximó la bolsa al chorro de la caliente y, como si el agua hubiera estado enterada, salió por el de la fría.

La solución del problema era superior a Stan. Afortunadamente llamaron a la puerta del piso y abandonó la bolsa de agua para ir a abrir. Eran unas vecinas, madre e hijita, ésta con una preciosa muñeca que decía ¡papá!, que iban a preguntar por el estado de Ollie. Las invitaron a pasar y Stan cerró la puerta en las narices de un individuo, con cara de mal genio y que llevaba un maletín. Era el doctor Finlayson, el cual, habiendo repetido la llamada, entró en el pisito como un ciclón.

Las vecinas al verle se despidieron y empezó el reconocimiento. Stan se sentó en la mecedora y la contempló comiendo plátanos. La lengua del gordo estaba limpia; no había cuidado por aquella parte. Después expresó el doctor su deseo de lavar el termómetro, que tenía que introducir en la boca del enfermo, y Stan, maliciosamente, le envió a la cocina.

Al cabo de unos segundos regresó el médico hecho una furia. El agua de la cocina no había salido de ningún grifo, sino del desagüe y le dio en la cara poniéndole a punto de ser ahogado. Retunfuñando introdujo el termómetro en la boca del paciente y esperaron. El termómetro no dijo nada malo. Sacó un estetoscopio; escuchó el corazón y los pulmones de Ollie, y un ruido alarmante fué oído por todos. Parecía una especie de estertor. El gordo se asustó y volvió a escuchar hasta que descubrió que el culpable de su alarma era su amigo, que, mecándose al comer, pisaba con la mecedora la muñeca de la vecinita, que ésta dejara olvidada en el suelo, y que al ser pisada decía ininteligiblemente "Papá".

Stan recibió la orden de portarse como Dios manda, cosa

que hizo a punto de borrar, y el médico sacó del maletín un extraño aparato de goma, semejante a un globo deshinchado, explicando, de paso, que era un invento suyo para probar los pulmones, y señaló unos números pintados en su superficie:

—Ochenta es lo normal, pero si pasa de ochenta puede esperarse lo peor.

Metió en la boca de Ollie el pitotro del aparato y apretó la barriga de su cliente como si fuese un fuelle; la goma se fue hinchando, hinchando, Ollie soplabla como una locomotora, obligado por las manos del médico, y el aparato empezó a alcanzar el espantable número ochenta.

Stan fue requerido para substituir al galeno, que ya estaba fatigado, y se lo tomó un a pecho que se apretó los dedos, haciendo sonar los nudillos. Se precipitó sobre el gordo y se entregó con un ardor tal a la tarea, que en dos segundos creció más el globo que durante toda la operación del médico, sobrepasando de sobra el ochenta, llegando a cien y más lejos aun... hasta que, por fin, un espantoso estallido sacudió la habitación, derribando las cosas al suelo, tirando a Ollie de la cama, empujando al médico contra la pared y haciendo caer sentado a Stan.

—¿Puede decirme qué es lo que me pasa, doctor?—preguntó el gordo, lívido.

—Tal y como esperaba. Un grave caso de bocinofobia.

Sí, la terrible enfermedad engendrada por las bocinas. Necesitaba tranquilidad, descanso completo, dieta estricta de leche de cabra y un viaje por mar. Mientras tanto, podía tomar un baño caliente y descansar.

Pero Ollie no estaba de acuerdo en una parte. El mar le daba más miedo, casi, que Stan con sus imprudencias, lo que ya es decir. El médico se encogió de hombros y se marchó, haciendo una advertencia final que el flaco cortó dándole, por segunda vez en aquel día, con la puerta en las narices.

Ollie estaba preocupadísimo y no quería hacer caso de los consejos de su amigo ni del médico, pero Stan tuvo una idea. En lugar de atravesar el océano para respirar el aire del mar, bastaba con alquilar una barcaza en el muelle y vivir en ella. El gordo protestó débilmente, pero se dejó convencer a renglón seguido. Stan no era tan tonto como parecía.

—Mientras yo como mi baño, tú puedes arreglar la habitación, y luego iremos a alquilar la barcaza.

Stan hizo lo que le decían y Ollie abrió los grifos del baño. Primero no salió agua, pero después brotó por todas las partes dejándole hecho una lástima. Corrió al teléfono y pidió comunicación con el lampista, pero el operario le afirmó que todo estaba en orden, cosa que quedó desmentida al encender Stan la cocina de gas para hacer café, la cual casi estalló.

Ollie dejó llorando a Stan; salió al pasillo, en donde tropezó con una vecina, cuya nevera sonaba como un aparato de radio y cuya radio se balaba como una nevera. El lampista, no solo veía las cosas al revés, sino que las hacía de la misma manera. Ollie bajó al sótano dispuesto a dar un merecido al lampista y tras de una corta, pero airada entrevista, regresó a su piso con un ojo a la tumbada.

Mientras tanto, el profesor de música de Stan apretó el timbre del piso de ésta y el aparato se disparó como si tuviera dinamita. Después de unas preguntas triviales sobre el aspecto ruinoso del piso, empezaron a ensayar la partitura con tan mala fortuna que los sonidos coincidieron con la aparición del excitado Ollie, quien se precipitó sobre el maestro, en un ataque de su locura, y en menos que canta un gallo lo dejó hecho un guisapo.

Una vez se vio libre de él, se apoderó del teléfono y gritó al director del edificio, pero un tremendo estampido no sólo le dejó sin habla, pero también le lanzó por la ventana, en donde se quedó colgando del teléfono que cedía y cedía, prometiendo estrellarse contra la acera situada tres pisos más abajo.

He aquí lo que había ocurrido. Stan entró en el guardacropa para colgar algunas prendas y, al no encenderse la luz, quitó la bombilla y aplicó una cerilla a la lámpara. Pero el maléfico lampista había conectado la tubería del gas allí y se produjo una explosión espantosa, convirtiéndose la habitación en ruinas, y mientras Ollie telefonaba, Stan abrió la puerta en que se apoyaba su amigo, éste fue empujado hacia la ventana y cayó al vacío.

Al escuchar los alaridos de su amigo y al no verlo, Stan bajó a la calle, y le vio colgando más y más, puesto que el hilo telefónico estaba a punto de romperse. Sollozando volvió a subir a su piso, cogió un colchón, volvió a la calle, puso

el colchón en el desvencijado auto de su propiedad, y colocó todo ello bajo Ollie. Era tiempo. Sin embargo, el auto, al recibir el impacto del pesado cuerpo del gordo, salió despedido como una flecha, hacia atrás, abriendo un tremendo boquete en la pared vecina, en donde se fué a incrustar.

Al día siguiente, Stan y Ollie, cargados con algunos efectos personales y llevando atada a una cabra, a la que habían bautizado con el nombre poético de Narcisa, se presentaron en el muelle y alquilaron uno de los barquitos amarrados al mismo.

—Ahora ya no es ni mucho menos lo que era, pero les servirá para su propósito, siempre y cuando no salgan del muelle—les dijo el dueño de la embarcación.

La barca era muy linda y ambos estaban de muy buen humor, en sus elegantes trajes de regatas, cuando Ollie se percató de que su amigo había llevado a bordo un trombón de varas para practicar. Muy enfadado le aconsejó que no tocara, recordándole el terrible efecto que las bocinas producían sobre él. Stan, para distraerle, le dijo que tomara un poco de leche de cabra.

Salieron al muelle, en donde estaba atada la cabra, y discutieron sobre el modo de ordeñarla, asegurando Stan que se hacía como a una vaca, cogiendo con una mano la taza y... con la otra la cola, y se la agitaba hasta que brotaba la leche. Ollie decidió hacerlo por sí mismo, mientras su amigo regresaba al barco. Se sentó, acarició a la cabra y se quedó sin saber por dónde empezar. Minutos más tarde, un topetazo le enviaba al interior de su nueva vivienda, proclamando que él sabía tan poco de aquellos menesteres como su compañero.

Llegó la noche y una nueva tormenta se avocó sobre ellos. Los periódicos anunciaron la fuga del terrible criminal Nick Greinger. Este personaje, al comprar el periódico, fue descubierto por la policía y huyó en dirección del muelle, con sus perseguidores sobre los talones.

Ajenos Stan y Ollie de este suceso se dispusieron a dormir. El primero leyó un periódico infantil al segundo, para distraerle, hasta que se dio cuenta de que se había dormido. Sin hacer ruido, se encaminó a su litera y descubrió que estaba ocupada por Narcisa, que no le obedeció cuando quiso arrojarla de allí.

Desesperado y asustado, se volvió hacia la litera de Ollie y procuró acostarse a su lado sin despertarle. Fue difícil, sin embargo, pues su voluminoso amigo la llenaba por completo. Descubrió que los pies del gordo eran la parte más estrecha de su persona y se tendió cuidadosamente, de modo que los suyos reposaban sobre la almohada. Pero el descanso prometido no duró ni un segundo. Bostesó con toda su alma y encontró inesperadamente un dedo en su boca, que, tras de algunas dudas, descubrió que era suyo.

Sus calcetines rozaban la nariz de Ollie y le hicieron estornudar. Al repetirse el estornudo, el pie de Stan le cerró la boca, despertándole por completo. Aterrorizado, se incorporó y soltó un respingo al ver quien era el intruso. Cambiaron explicaciones en voz baja.

—Oye, ¿por qué hablamos tan bajito?

—Pues, es que no quería despertarte.

Ollie le dió un empujón y le envió llorando a su litera, sin que Narcisa le hiciera caso al rogarle que le dejara sitio. Se resignó a acomodarse de la mejor manera posible y cerró los ojos. Sus pies molestaron a la cabra, la cual de un salto huyó al exterior y así los dos amigos durmieron apaciblemente.

Nick Greinger llegó al muelle y buscó un lugar para ocultarse. Las lonas de la barca ocupada por Stan y Ollie le sugirieron una idea y se ocultó bajo ellas, de manera que al presentarse la policía, únicamente vió a una cabra en aquel lugar y siguió sus pesquisas. Narcisa, aburrida de su buen comportamiento, se dedicó a morder la cuerda que sujetaba la barca de sus dueños y pronto ésta desaparecía mar adentro.

Cuando al día siguiente los dos forrados tripulantes determinaron bajar al muelle para almorzar tuvieron que confesarse dos cosas: la primera, que el desayuno estaba tan lejos de su alcance como un sueño, y la segunda, que había un tripulante más, dueño de una cara de criminal que ponía los pelos de punta. Y lo peor era que leyeron el periódico y comprobaron que era el criminal que buscaba la policía.

Nick no se asustó; antes bien, sacando su revólver, al que daba el cariñoso nombre de "hijo", disparó sin apuntar contra una gaviota e hizo blanco. Luego pidió que le preparasen el desayuno.

—No tenemos nada para comer. No tenemos ni para nosotros mismos—protestó Stan, sollozando.



Pero el "hijo" de Nick estaba dispuesto a enfiadarse y los dos marinos a la fuerza bajaron estrujándose los sesos y se hicieron repenches una vez se encontraron solos. Stan lloraba, pero Ollie, tan tembloroso como él, aunque más decidido, anunció que únicamente había un remedio para reparar la ausencia de víveres: falsificar la comida.

Cuando Stan hubo comprendido le enteró su amigo de que iba a usar unas cuerdas por macarrones, jabón por queso rayado, y se puso a trabajar, en tanto que el flaco buscaba algo para completar el menú y fué... una esponja que serviría de albóndiga. Después, cuando arreglaba la mesa, vió, en el periódico que daba la noticia de la fuga del bandido, que había una recompensa de cinco mil dólares para quien le capturase vivo o muerto.

—Pues cuando termine de comerse esto, ese premio lo tengo yo en la palma de la mano—dijo Ollie.

Mientras preparaban la comida y adicionaban la mecha de la lámpara como tocino, un poco de pintura como salsa de tomate y algunas galletas hechas con polvos de talco, Nick, sorprendido por el silencio, había descubierto lo que tramaban contra él a través de la escotilla. Y juró que pagarían caro su atrevimiento.

El dueño de la barra en que iban los dos amigos y el bandido, comunicó al capitán de la policía del puerto su desaparición y sus temores, y éste dió la orden de partir a toda marcha en busca de los arriesgados navegantes.

La comida estuvo dispuesta en la barra y llamaron al criminal, el cual se sentó a la mesa y olió con placer fingido los espantosos manjares. Ollie le aseguró que le gustaría mucho, porque lo había hecho igual que lo hacía su madre, pero el criminal, con una sonrisa temible, puso entre ellos la bandeja, diciendo:

—Pues, si es tan bueno, comanselo.

Intentaron protestar diciendo que ni tenían gana ni cubiertos bastantes para ambos, pero la pistola de Nick abrió su apetito como por ensalmo. Y los dos desconsolados amigos empezaron a engullir los alimentos, triturándolos con gran ruido, gimiendo sus estómagos ante la comida que recibían, haciendo grandes esfuerzos para no escupirlos. Final-

mente, a Ollie le entró un hipo espantoso y Nick le obligó a beberse una taza llena de café... hecho con el tabaco de ambos.

El apuro era terrible, pues si el gordo había pasado un mal rato, pero Stan tuvo una idea salvadora. Cogió el trombón de varas y empezó a tocar una desatinada música, al oír la cual Ollie sufrió un ataque de su manía y arrojó el "cué" a la cara del bandido y le golpeó con la cafetera. Mes dió la casualidad que las varas del trombón se separaron y se interrumpió tanto la sonata como el arrebató.

—¿Caaque tienes ganas de pelea, eh?—rugió el agredido.

—¡Toca la corneta! ¡Toca la corneta!—suplicó Ollie.

Y huyó por la habitación esquivando los brazos del bandido, mientras Stan procuraba arreglar el instrumento y obedecerle, pero estaba tan nervioso que no atinaba a encajar los tubos. Perseguido y perseguidor corrieron por la cubierta del barco y cada vez que el gordo pasaba ante la puerta de la cámara rogaba a su amigo que hiciera sonar el trombón para encontrar fuerzas y defenderse.

La gasolinera de la policía estaba cerca y sus ocupantes, que habían descubierto la fuga de Ollie, arrieraron su velocidad. Por último, sonó la trompeta de Stan, cuando su amigo recibía los portazos, y lo demás fué coser y cantar. El gordo levantó a su agresor y le aporreó hasta hacerle perder el sentido, con lo que los dos se desplomaron en el interior de la cabina.

Llegó la policía y tras de unas órdenes del capitán, remolcaron la barra y esposaron a Nick. Los dos amigos respiraron satisfechos y se decidieron a dar cuenta de su prueba al jefe, pero lo quisieron hacer tal como había ocurrido, y al oír Ollie de nuevo el sonido del trombón, se arrojó con los puños enarbolados sobre el policía.

Media hora más tarde el desgreñado capitán, sucio y maltrecho, hacía entrar en la prisión del puerto a los dos amigos, a los que conducía atados con una gruesa soga, llevando bajo el brazo al causante de todo: el trombón. Al abrirse la puerta de la cárcel, el gordo gritó a su lloroso colega:

—¡En buen lío me has metido!





...le entregó una bocina para que la pintara en su taller.



*Orie y Stan con músicos de piso a cúbica...*



—g. Lo salame tocaban el clarinete, el violín, el trombon, e un piano de manubrio, e los castañoles, ¿verdad?





*Olte-estada a punto de ser victima de un ataque de nervios...*



Obie abrid un portugais



—el doctor le anunció su visita para un cuarto de hora más tarde.





...la goma se fue hinchando, hinchando...



*Ollie hizo al editor dispuesto a dar su mercancía al lampista.*



*convertiendo la habitación en ruinas.*



*...mientras Ollie telefonaba Stan abrió la puerta...*



*...cogió un espátula y volvió a la calle...*



...el auto salió disparado, arrojando un tremendo paquete  
en la pared vecina.



...se presentaron en el muelle y alquilaron uno de los barquitos...



...Ollie se percató de que su amigo había llevado a bordo  
su trombón de vapor...



...Nean leyó un periódico infantil a Ollie, para distraerlo...





*...leerán el periódico y comprobarán que era el criminal  
que buscaba la policía.*



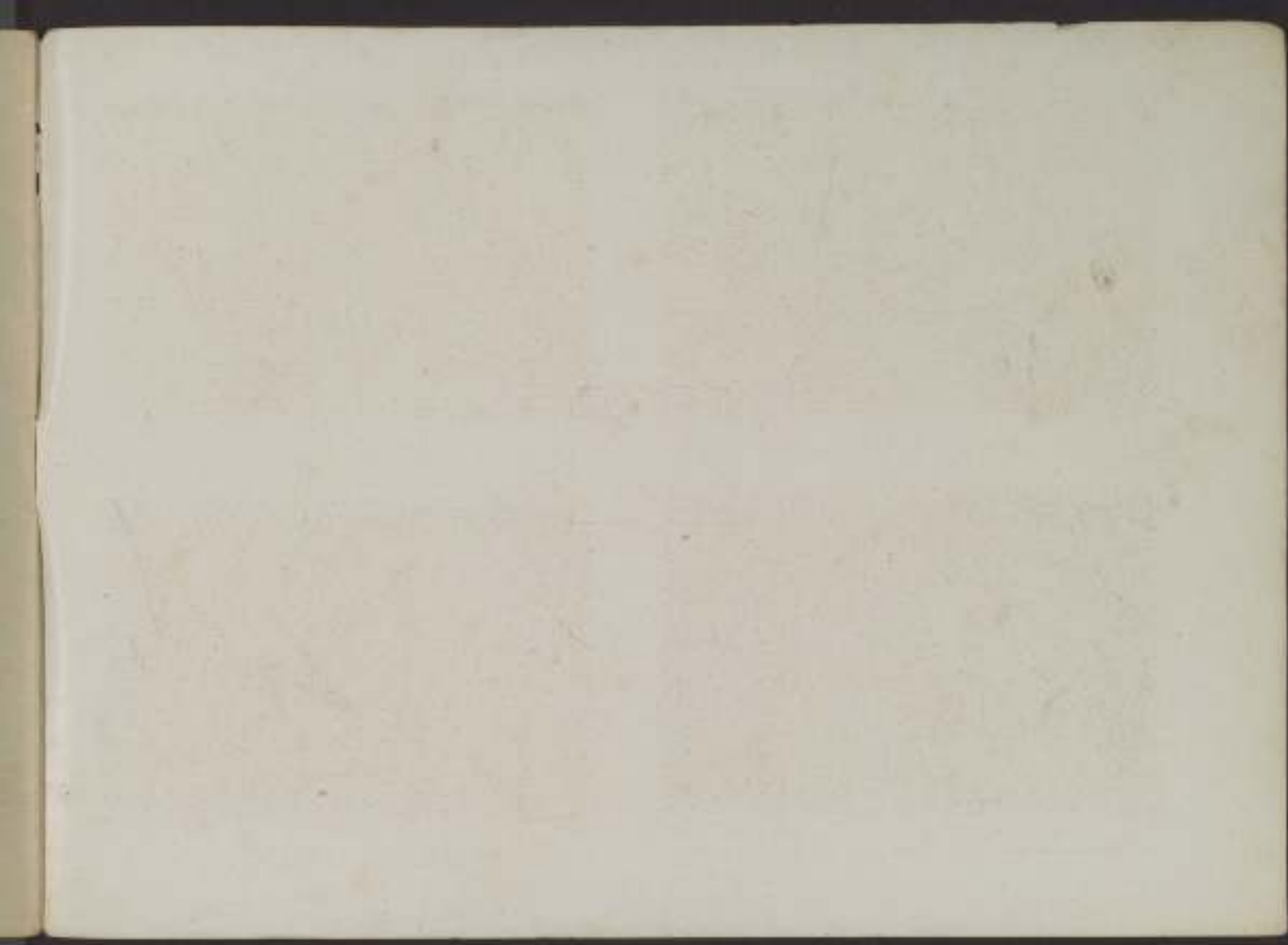
*Al fin se acordó, antes bien, sacando su revolver...*



*...fue a usar unas corbatas por precaución y habló por gritos ruidos...*



*Al fin, hora más tarde, el desgraciado capitán había entrado  
en la posición del puerto a los dos amigos.*





Cabeza Jon. M. FELICER

Munster. 111-Teléfono 78132

Serie

"PÉLICULA GRÁFICA"